

UC Berkeley

Lucero

Title

En otra vida

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/2xw550tk>

Journal

Lucero, 17(1)

ISSN

1098-2892

Author

Calzada, Victor Fowler

Publication Date

2006

Copyright Information

Copyright 2006 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed



EN OTRA VIDA

VICTOR FOWLER CALZADA

Escritura

La oportunidad de rectificar altar y fe cuando nada mayor que chispas de una vida que se apaga era Lo que se veía. Delante, el océano de frialdad y Orígenes del mundo, la brocha absoluta del negro Cubriendo las figuras. Fue entonces que apareció Ese fervor en tus manos, el azar que te puso en el Centro de tanta pena que ni siquiera había tiempo o modo de explicar. Era la presencia del mismo Dios Que habías amado, con palabras incomprensibles, Ajeno a toda idea de piedad arrancaba las cabezas. Partía frutos sin importarle la misma sangre de una Familia. Oprime con la cantidad del despliegue, te Grita en el rostro que es la única vez, la oportunidad De demostrarlo, de dejar una huella del amor para el Cual has respirado. Porque se prenden a tus dedos, Como al borde del manto, a la espera de milagro, y tienes que hacerlo.

Azul

Puño de dolor azul con la piel cuarteada:
rozabas la aspereza de muros para que
fuera más grave. Podías así dejar atrás
soledad o distancia; concentrada como te
sentías en el hilo de sangre apretado en
los dedos. Había hermosura y heroísmo,
Perversidad y desgaste. Sin amor ni sabor,
en la comodidad de una cabalgadura que
te evitaba padecer o pensar. Como si el
agua te embotara. Podías arrastrar el puño
por el lecho de océano y desgarrar, sin
apenas sentirlo, hasta dar vida al hueso.

Jesús te ama

Siempre vino de hijos tullidos y era su manera
de comunicar: en Nueva York, el enano y el otro,
tartamudo, me enseñaban la poesía del hierro
en el infierno del metro, ciudad en el vientre tibio
de la ciudad. El enmarañado de las vigas comenzó
a hervir y brotó *fuera* que partía la tierra. O el grupo
De mudos que en el parque Maceo habanero, dieron
Volantes que hablaban con ferocidad de ese amor que
Emborracha y perturba. De abrazo, cauterizar, idea
De madre y túneles de reposo porque habríamos
Llegado, con ese tacto otro del alma para lo no
Evidente. Como mismo ahora, a la salida del hospital,
Otro de los mensajeros extraños ha venido a dar fe
De Jesús. Sus ropas son pobres, la piel negra, en su
Lengua se traba cualquiera otras palabras que no sean
Las de la frase única; la que lo cuida en flojedad, hartura,
llanto de animal o casa de morir. Su escudo hecho de
Luz. Su escudo fuerte.

Boris Leonidovich

Para R.M.R., que entiende por qué

Debió de saber que destinaba a muerte
Al amigo, cuando desvió o propuso que
La conversación fuera al meandro de la
Vida y la muerte; que la materia del amigo
-aterido en el frío de Siberia- sería traída
En la misma bandeja que pastelillos para
El té.

La contradicción entre el salón horneado
Y el espacio metafísico de la tiranía. Allí
Espadearon, reconstruyeron las alternativas
Y también se sostuvo. Debió de vivir con
Eso castigando la espalda: la mejor ocasión,
Quizás la única, de salvar al amigo y la había
Perdido. Las palabras dejaron de pertenecer
A una vida y cruzaron siglos: el primero y el
Último combatiente que pudiera existir, dolor
Y vértigo, sacrificar y sentido. Como figuras
De ajedrez había épocas de poblaciones por
Venir o ya arrasadas.

Se exponía. Haciendo evidente otro modo
De unir la realidad, duro igual a piedra hundida
En el nacimiento de la tierra, donde la geografía
Es unificada y también el tiempo. Sabía que
Alguna vez su puerta sería tocada, que pedirían
Que los acompañara o acaso, al aceptar la
Conversación, fue eso lo que persiguió: destino.

Cuando abandonó esa noche el lugar, la bella
Plaza de las celebraciones, el dolor del amigo
Lo estremecía, el dolor de millones de hormigas.

A San Judas Tadeo

Causas oscuras dicen que beneficios y poco pides: sólo una vela o diminuto acto de fe. Que me aproxime a la iglesia olvidada, entre Edificios. Que allí revele pasión. Protegió a Los esclavos huidos, dicen, y es su mérito: ser casi nada, con esa distinción de pobreza. Así fue con aquella otra, en la ciudad de Sofía, sin adorno y tan pequeña que parecía broma y resultó ser de las primeras en toda la cristiandad; imaginé lo sagrado de un rezo cuando todavía iban dispersos y acaso fue la única que consiguió emocionarme. Ojalá seas tú, ahora, San Judas Tadeo: patrón de causas difíciles.

Ruedas de San Francisco de Sales

Por el oficio de carpintero le obligaron a fabricar la que sería cruz propia, de donde horas más tarde pendería en sed y en sangre. Humilde como el sacerdote salesiano, dueño de un verbo básico que recuerda un madero nudoso. Hemos venido Por Casal, triste como ninguno de nuestros poetas, A que su alma descanse cien años más tarde, Los misioneros hacen ruedas, serruchan, cepillan, encolan, Clavan y acompañan al que siguió trabajando, en el Dolor, para más alto. Buscan que el prójimo tenga Consuelo en la pobreza, en la Iglesia que no fue pensada para que el aire refresque. La herida que unas manos Registran, la no respuesta en el calor agobiante de la Arena y la isla. Tal vez hemos llegado, la mente sabe, Pero ignora también. Huyes frente a mi ceguera y te Diviertes. Eso me gusta: con bancos toscos, con el olor Mareante de la resina. Mientras, como uno más en la Inacabable lista, pronuncian el nombre de Casal. terminar, con olores a resina que marean y es el Mensaje.

En otra vida

En otra vida habríamos celebrado hora de nacimiento
Y el círculo de alta madrugada del asma, como una
Melodía resistente en épocas oscuras. Veces que me
encimé al ascetismo y modo interior de la expansión
Que recibí del Maestro, a la palabra donde todo se
conectaba y era revelado. Por ese breve instante ya
valía vivir, amanecer del oleaje revuelto mordiendo
La costa luego de paseos que remedaban la trayectoria
Leída, abriendo túneles en el vientre de la ciudad. La
Lección de que teníamos que hacer nuestro cosmos y,
Lo mismo que un secreto *en vaso de barro*, llevarlo en
Las manos. Nos preparaba, sabía que iba a venir esta
manera lenta de adentrarse en el hueso, en busca de
la Naturaleza. Sabía que aquí también es árido. Quizás
necesitaste envejecer para que la radicalidad invadiera,
con la barba blanca de un rey mago: *traer el regalo*.

Celebración

Pasabas puñados de desierto. De tu espalda
A la mía: como regalo, como si fuera la
Sorpresa que había estado esperando. En
Lugar de resplandor abrías la mano para que
Nos invadieran calor, arena, sed, alucinación,
Frialdad de la noche y miedo. Abrías los ojos
O la boca. De adentro brotaba porque era
Sequedad lo único que había quedado luchando
Por salvarse; de la maravilla de una vieja
Estación ese deseo de morir ni siquiera expresado.
Me lo brindabas. No deseando que te acompañara
O como la forma que emerge hacia la respiración,
Sino porque revolvías las gavetas y no tenías ya
Otra cosa.

Mahal

El trabajo de tapar con piedras lo que fuera alimento
Y la indefinición de una madrugada queriendo recobrar
Aquel relieve debajo del cual pasaba el amanecer. Con
La visión, como una cabalgata, de estrellas en dirección
a la oscuridad que era derramada delante. Entre grietas
De semejante pasado has venido a colocar la nueva tienda,
A trabajar hasta que los brazos duelen del esfuerzo de la
Escritura que intenta reconstruir. Para ninguna otra cosa
Te has atrevido al riesgo, ciego como hoy eres a una vencida
Simbología. A punto de que el sol llegue, fijando categorías
De belleza. El pasado parece ser no más que un sueño, el
Dibujo en la piel testimonio de lo indescifrable, los frutos del
Árbol magnífico el perfume que oculta la entrada.

Gallina del amanecer

Esparce el estertor y la sangre de la gallina
Que se estremece al pie del árbol. Observa
La obra, seguro de haber cumplido con los
Ritos, de haber abierto un agujero de luz en
Los días que vendrán. Minutos antes, cuando
Bromeaba con los vendedores, con ese modo
Cubano de intervenir, ninguno hubiera podido
Suponerlo. Estábamos dentro de un orden y
Era posible sonreír ante la imagen de una mesa
Adornada, pero cambió, introdujo lo irracional,
Nos trajo otra manera de la muerte: cruel y
Sagrada. Descompuso el paisaje con el tamaño
De una demanda o fractura que fuimos incapaces
De sentir o adivinar. Parece otro ahora, mientras,
En el centro del parque, murmura la letanía sin
Atender el asombro de la gente que pasa. Más
Doloroso.

En el suelo

Desde ese nivel es como si la marea de losas
Asfixiara: bocarriba, en el escándalo callejero
Y en los cuartos de la casa, abandonado y
Hundido. A veces sucede. Cuando otro capricho
De la temporada introduce calor y mareo donde
Minutos antes el frío erizaba. Otra locura Caribe
y deseo de parque para llenar la mente de hojas.
No es comunicación ni tutela ni efigie que merezca
Ser adorada. El incendio de un crisol así posee
A los cuerpos, dicen, antes de morir: cuando el
Peso de una vida es soportado en pocos segundos
Y luego no se respira más.

Estímulos

Podía escoger entre las fichas que flotaban
en el aire, peinar el tiempo. Las fichas caían
con el sorprendente estallido de una vida
enferma y los ojos quedaban pendientes,
Horrorizados de la transformación. Gestos ni
Siquiera visibles bastaban para corromper un
Futuro, para que más tarde fueran alcohólicos
O anduvieran por las calles enloquecidos. Esa
Manera de observar las trayectorias como en
Una inmensa puesta teatral le hacía sentirse
Dios y era porque ignoraba que, algún día, él
Mismo iba a ser abandonado también. Ante el
Disparo de una luz enceguedora o heridas
De sonido, buscaría refugio. O el reverso donde
El olor de alimento lo hace salivar. Sin lazos,
Enmarañado entre obstáculos: lo mismo que
Una rata.

Tambor

Sal, no te agote fingir, de cualquier modo no perteneces.
En la ropa, manera de reir hasta que el horizonte llena la boca, luna dialogada o cansancio de haber huído. Cuartos atestados donde lo acaricias, lengua que ignoras y ritmo. Sus monedas valen aquí, libres en el chirrido del grillo. Quien no tuvo corazón de persona, besó pies de amo y enterró el cuerpo propio a la salida del cañaveral. Venían auras a picarle los ojos, a que no hubiera memoria, lágrima, se mezclara a la tierra y renaciera. Muerto en todos los mundos. Eso piensa en la noche, cuando el sueño se apodera y la mano Deja caer el machete. *Cochino*, tenso del día. Sobre todo lo último.

Hilo

Hilo de luna si refleja la rosa que se entrega en la negra extensión. Oscuridad que yace Y esa marca de sangre, temblorosa, encima Del mar blanco que es luna reflejada. Mínimo Resplandor, crecido hasta enceguecer, pues El misterio brinda la totalidad de su pulpa, al Tiempo que se oculta en luz que emite. Estar como no estar, ya sin lenguaje, memoria o Realidad, deseo o muerte. Mano de abrir la Inmensa puerta que nunca, ni siquiera una Vez, dejó de estar cerrada.

Cubo de Rubick

Sin que vayan a ser enredadas en un nudo de sentido, simplemente las palabras suceden en la bolsa de esta madrugada creando memoria. Una erupción, río como el del semen si mojara Esa piel deseada, un diálogo de locura que Igual a una chispa se agota en el instante Mismo de ser iniciado. Bajo la rápida lámpara, La mente que trata de despertar una mente Muerta y el cuerpo como una danza que se Aleja, precipita en la aspereza de la oscuridad. Son una casualidad, son hermosos, sobreviven A la interrupción porque los anima electricidad De vida, de todavía estar ahí, latiendo, ahora Que la ciudad apaga las respiraciones y sólo Hay diálogo con variaciones de la luna. Hoy Es un pequeño cuerno, hoy parece ocupar la totalidad del cielo: la inmensa flor desnuda en El vaivén de las palabras.

Sorpresa del leer nocturno

Qué deseo de ser castigada, la suciedad de la Que te privaron, la herida que supones vivificante Para la carne dormida, casi muerta. Beberías en Copa de leproso, sobre el vientre la gota, encima de la tierra hollada por multitud. Creo que serías Capaz de saltar, que no te importaría con tal de Ir hasta la breve luz que promete Renacimiento. Sola tienes que estar, en el rincón, en la cabeza De aullido, del tiempo gastado en fósforos bajo Lluvia: el inútil ruego a un tiempo que no regresará Y en el cual, sin entender la razón, te has gastado. Cómo vibrará, en el vientre agitado, toda la otra Fiebre que no te atreves a curar. Cómo necesitas Hincar la piel, entre los dedos tomar el pezón y Apretarlo, raspar la entrepierna seca. Anularte, Hacerte daño, para no haya salto, descubrimiento De tu verdad.

La mirada de Orión

Corta el lazo de estrellas diseminadas en la
 Oscuridad, del cerebro que entrevé redes.
 Son las del pescador, la conexión antigua
 Entre las cosas que dejaba organizar la
 Mirada. Salía a coleccionar desplazamientos
 Y signos, cosas que traducir en una lectura
 De la vida con la que alimentaba a los hijos.
 Cuando separaba para más tarde unir, en el
 Rito que se extendía por encima del tiempo,
 Que enlazaba la explosión primera y el cosmos
 Que vendrá. Entonces comprendía lo que
 Subyace en la dimensión.

Rincón

Sostiene entre las manos carbones de conversación,
 Los que desencaja del cuerpo y sopla hasta sentir
 Que se apagan. Cualquier palabra, gesto o ironía,
 Porque la única posibilidad es marcial, algo que haga
 Detenerse incluso a las chispas que los rodean cual
 Nube. Nada puede atravesar ese pedazo de tierra
 Recalentado sin que lo consuma la violencia de la
 Espiral, de la locura de una máquina que ya ninguno
 Controla y se alimenta de esa ceniza. Donde el gusto
 De ir con manos despellejadas se ha tornado costumbre.
 Cuando más cerca creen estar, se acercan a beber
 La dulce agua de los manantiales, a concentrar la mente
 En el sonido libre de la naturaleza. Es el momento preciso
 De que la herida se extienda a lo largo de huesos
 Descuidados.

Victor Fowler Calzada nació en La Habana, Cuba (1960) y es graduado de Licenciatura en Pedagogía, especialidad Lengua Española. Ha publicado libros de ensayo y de poesía, entre los que cuentan *El próximo que venga* (1986), *Estudios de cerámica griega* (1991), *Confesionario* (1993), *La maldición: una historia del placer como conquista* (1998), *El extraño tejido* (2003) y *Diccionario de conceptos de Alejo Carpentier* (2004). Ha recibido distinciones como el Premio de Poesía en el Concurso Luis Rogelio Noguerras (1999) y el Premio Nacional de la Crítica por sus libros *Historias del cuerpo* (2001) y *El maquinista de Auschwitz* (2004). Actualmente trabaja como Jefe de Publicaciones en la Escuela Internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, CUBA. Allí dirige la revista electrónica *Miradas*.